

mes de ternura. Pero ¡ay! pronto olvidaron las palabras del gran Pio, y el enojo de Dios no se hizo esperar! El vástago de la casa de Hapsburgo fué tronchado en todo su verdor y lozanía. El generoso príncipe víctima fué de sus extravíos, que lo hicieron romper con la Iglesia, terminando ejecutado como un bandido en la tragedia de Querétaro, si bien como un premio del cielo á su arrepentimiento postrero, su cumbió el desgraciado monarca con toda la majestad épica de un héroe y de un mártir. Y la sábia hija del rey de los belgas, que en su desamparo solamente encontró refugio y consuelo en Pio IX, atraviesa hoy todavía el luctuoso sendero de la expiación, herida la infeliz en lo que formaba su gloria, en su grande y bella inteligencia. ¡Así castigó el Eterno el desprecio de los gemidos de Pio IX por tus desventuras, pobre México!.....

¿Y qué no hizo el afligido Pontífice por librar á la Francia de esa gran catástrofe llamada la guerra franco-prusiana, á consecuencia de la que la generosa nacion de Carlo-Magno y de San Luis ve hasta hoy suspendido sobre su cabeza como la espada de Damocles el baston del orgulloso canciller aleman?.... ¡Pobre Francia! repetia el dolorido Pontífice á cada herida, á cada desastre de que era víctima la primogénita de la Iglesia, ¡Pobre Francia!.... ¡Ah si el emperador de los franceses y el rey de Prusia hubieran escuchado las súplicas gimientes de Pio IX, que ofrecia su mediacion para evitar la guerra y reconciliar á ambos pueblos! ¡Si por lo ménos los ruegos de Monseñor Guibert á Cremieux, Glais-Bizoin y Gambetta hubieran sido obsequiados, y se hubiera atendido á Monseñor Ledochowski por Guillermo que ya victorioso cebaba aún su furor en un enemigo despedazado y moribundo!.... ¡Cuántas lágrimas se habria ahorrado la Europa, cuántos males el mundo!.... Pero las pasiones ahogaron la voz doliente del Padre de los pueblos; y las sociedades secretas habian decretado la aniquilacion del pueblo de Clovis y de Juana de Arco, por el crimen antiguo y constante de *gesta Dei per Francos*; y la hija primogénita de la Iglesia debia purificarse de las manchas asquerosas de tanta impía sensualidad en un mar hirviente de sufrimientos,

de lágrimas y de sangre, que Dios sabe ¡ay! cuánto crecerá todavía con el aluvion de males que amenazan, y con la nueva *Comuna* próxima á estallar!.....

¡Así amaba Pio IX á los pueblos, así le dolian sus desventuras!

—Pero sobre todo, señores, donde se revelaba en toda su plenitud la ternura de Pio IX para con sus hijos, era en el dolor que le causaban sus extravíos religiosos. “Ah! decia una vez, yo soportaré valerosamente todas mis desgracias, y Dios me dará fuerzas para que no me doblegue bajo el peso de las de la Iglesia. Pero hay una cosa que no puedo perdonar á los que nos persiguen.... Desdichados! matan la fé de mi pobre pueblo!...” Y en aquel momento el anciano llevó la mano á su pecho, y estrujó violentamente con los dedos la blanca tela de su sotana, y con acento desgarrador exclamó: “Ah!.... me arrancan el corazon!.....”

—¿Para qué seguir, católicos, pintando el amor de Pio IX á sus hijos? El dolor fué siempre la medida de su amor, el llanto su manifestacion. ¿Y qué Pontífice ha llorado mas que Pio IX los infortunios de individuos y de pueblos? Pio IX, sí, es el Pontífice de las lágrimas, el gemebundo Jeremías, el atribulado Job de la humanidad en el siglo XIX! Casi todas sus alocuciones están impregnadas de esa santamente amarga melancolía, de esos ayes lamentosos del profeta de los Trenos, de esas elegías, de esas hondas quejas que se escapaban del corazon destrozado del santo árabe!.....

—Por ese amor, por esa ternura, por ese sentimiento que le causaban los males de sus hijos, se verá con qué terrible majestad el santo anciano, Vice-Dios en la tierra y personificación de la justicia y del derecho, no se levantaria y no lanzaria el rayo de su vengadora palabra contra los verdugos de los hijos de Dios, y contra los asesinos de los pueblos católicos.

Dígalo si no el autócrata de las Rusias, ese enorme oso

sonara en el balcón del Quirinal por boca del Carmalengo Riario Sforza, se concretaba en el bellísimo carácter del cardenal Juan María Mastai Ferreti, una especie de alegría mágica cundió en el acto por todos los corazones, aun los más adversos al Pontificado. Ah! señores, Pio IX tenía un prestigio misterioso, despedía un no sé qué de atractivo que encadenaba luego las almas con los lazos de una veneración tierna y amorosa! El nombre de Pio IX es ya sinónimo del de Pontífice de la dulzura, del amor, de la ternura!... Mas prosigamos. En los súbditos del Papa Rey el entusiasmo, el cariño á su nuevo Jefe, rayó en delirio, casi en locura. Jamás el lirismo del sentimiento popular en favor de un soberano había tenido expresión tan subida como la que se reveló en el pueblo de Pio IX. El Santo Pontífice por su parte se propuso derramar sobre sus súbditos todos los raudales de paternal amor que siempre crecientes atesoraba su pecho. Así se verificó. El reinado de Pio IX fué el reinado del amor, del amor manifestado en obras y realizado en instituciones.

—Comenzó Pio IX por otorgar el perdón por medio de una amnistía prudente y amplia á los desdichados conspiradores que por sus delitos gemían en las prisiones. Mil seiscientos protestaron obediencia y fueron devueltos á las dulces alegrías del hogar, colmando de bendiciones al bienhechor. No quería el tierno Padre que en aquellos días de ventura el duelo anublara semblante alguno. Y así como en Spoleto, cuando se le presentaba la lista de los perseguidos por la policía austriaca, preguntándosele si tenía que aumentarla, arrojó á las llamas el papel, diciendo:—“Cuando el lobo quiere tomar alguna oveja, nunca va á prevenir antes al pastor,”—así también, habiendo resultado negativas la mayor parte de las bolas que simbolizaban los votos negativos de los cardenales consultados por el Pontífice en tan grave asunto, Pio IX se quitó su blanco solideo y cubriéndolas con él, dijo sonriendo á los eminentes purpurados:

—“Ahora todas son blancas.”—Señores, nada tiene esto de extraño. El amor de Pio IX era un amor que tenía sus expansiones en atmósferas etéreas muy superiores á aquellas en que se mueve la prudencia de la tierra. Aquel corazón de Padre latía en regiones de luz sin sombras y de amor sin escaechas.

—Dado ese primer paso de bondad inmensa, el progresista Rey quiso llenar en toda su plenitud las aspiraciones políticas de su pueblo tan amado. En esos días el mundo soñaba, deliraba en política con los bellos ideales de la libertad, de la reforma, del progreso. ¡Ah si sentimientos tan justos y nobles no se hubiesen trocado en fiebre revolucionaria, en ira rabiosa contra la Iglesia, madre, nodriza y maestra de la civilización!..... ¡La gran familia humana reposaría hoy gloriosa á la sombra del árbol de una fecunda paz!..... ¡Pero el espíritu anti-cristiano todo lo frustró! Y el ideal del progreso, que en su lábaro ostenta el Catolicismo, hoy apenas se columbra por entre las negras tinieblas que amontona la revolución!..... Pues bien. Los súbditos del gran Pio querían también entusiasmados reforma, libertad, progreso. ¿Qué hace Pio IX? Con su mirada de águila comprende de un golpe la situación; recuerda que la Sede Romana ha sido la salvación del mundo en las grandes crisis humanitarias y el paracaídas de la sociedad en los vuelos atrevidos de la civilización; ve que el Pontificado hallado siempre la misión de pedagogo de los pueblos y de apóstol de la libertad en sus más sublimes evoluciones; y con aquella fé que llena de esplendor su mente, elevándose á la altura del conjunto, de la síntesis total de los acontecimientos, y colocándose en el observatorio de la Revelación, verdadera Filosofía de la Historia, fija su vista en el porvenir, y sin afectarse por los quebrantos parciales y de momento, enarbola impertérrito y despliega hermosa la bandera de la reforma, de la libertad, del progreso, sin más límites que la razón y el Evangelio, para salvar esos sagrados ideales de las manos revolucionarias que los ajan y destrazan.—Pio IX lle-

vó á sus caros romanos hasta las cimas de la verdadera vida política. El pueblo pontificio no pudo racionalmente aspirar á mas. El fácil acceso de los súbditos á su soberano, la reforma de los tribunales, el arreglo de los presupuestos del Estado, la revision de los códigos civil y criminal, la justa libertad de imprenta, la formacion espontánea y directa de la guardia cívica, la organizacion de la municipalidad romana y del agro romano, la Consulta de Estado, el sufragio popular en su verdadero sentido, el Consejo de Ministros, el Estatuto fundamental, reformas todas, ora creadas, ora restauradas desde luego por Pio IX con exquisita prudencia, con sabiduría profunda, y que léjos de ser abolidas fueron aumentadas despues de la vuelta de Gaeta, monumentos serán impercederos del paternal amor del Pontífice-Rey á su pueblo, de su condescendencia hasta el último límite y de su inteligencia preclara que supo sintetizar ampliamente las doctrinas sociales y políticas de la Iglesia con los verdaderos adelantos modernos. Pio IX, sí, asumió en su gobierno todos los caracteres del Papa Reformador y del Papa del *Syllabus*, es decir, Pio IX, adelantándose quién sabe cuánto tiempo á los poderes contemporáneos, creó una realizacion sublime del bello ideal de la *reyedad*, y la situó á una distancia lejana de los poderes actuales, para aguardarlos allí, para que en su marcha tengan siempre á la vista un luminar que esclarezca sus caminos, un modelo que imitar y un heraldo incansable del orden, del progreso y de la civilizacion! . . .

¡Bien por Pio IX! señores, ¡muy bien!.... El paso está dado, el ideal rutila ya esplendoroso y atractivo!.... Adelante!.... Así debía ser. Crear es progresar. Y los pueblos no están condenados á morir de parálisis, ni á vegetar sumidos en el lodazal de un degradante quietismo. La ley del progreso es una ley de la vida humanitaria en el mundo. El *statu quo* es la atonía, la petrificacion, la muerte moral de las sociedades. Y el progreso no debe retroceder porque el genio del mal pretenda tomarlo de la mano y dirigirlo por senderos extraviados. No, por la perfidia de los malvados no deben cerrarse las puertas de la grandeza y de la gloria á los bue-

nos! El gobernante, sobre todo en las grandes crisis de la humanidad, levantándose majestuoso y digno sobre las preocupaciones de miopes quietistas y sobre los temores que abruga siempre la prudencia raquítica de pusilánimes parásitos, debe empuñar con valor sereno el timon de la nave del Estado y dirigirla intrépido por entre los filos de los escollos y las iras de las tempestades al puerto tranquilo de la bienandanza social. Es cierto por desgracia ¡ay! que la depravacion humana frecuentemente convierte lo mejor en lo peor. Es cierto que el abuso casi siempre acompaña al uso legítimo de las cosas mas santas. ¿Mas por ventura á los buenos se les deben secar las fuentes del bien, porque tambien los malos se acercan á ellas para enturbiarlas con sus lábios impuros? ¿La lluvia del cielo no deberá fertilizar los campos marchitos, porque la zizaña brota al lado del trigo, y la rosa crece entre las espinas, y el cardo se mezcla con los lirios, y el gusano corroe plantas lozanas y frescas? No, mil veces no! Pio IX veía bien y veía claro lo que á su pueblo, lo que á la humanidad en general convenia. Al Pontificado estaba encomendada la mision de salvar al mundo moderno como salvara al antiguo, y para esto era necesario marchar, fecundándolos y convirtiéndolos en vegas floridas, por los campos de la reforma, de la libertad, del progreso, talados por los incendios de la Revolucion; y así marchó en efecto Pio IX, hasta donde se encuentra ya la frontera que divide la verdad del error, el bien del mal. ¿Qué importa el presente triunfo material de la Revolucion, si la victoria de la idea, si la victoria moral, es toda entera del Pontificado? ¿Qué importa la expatriacion, la huida á Gaeta, la prision y el martirio de Pio IX en el Vaticano, si ya todos, hasta los enemigos mas ciegos del Papado, están viendo claro que la *reyedad* de la Santa Sede es el cetro de la majestad espiritual de la misma, es el quicial del derecho, el baluarte de la sociedad y la ciudadela de la civilizacion? ¿Qué importa que la furia sanguinaria de la Masonería, agite erguida su desgreñada cabeza, y bamboleándose en su ebriedad, marche victoreándose á sí misma, y arrojando su fétido aliento sobre el límpido cielo del Pontificado grite como energúmena:—¡TI-

de los hielos, que no satisfecho todavía con tantas víctimas que dentro y fuera de su inmenso territorio ha triturado, busca aún con su mirada inquieta otras nuevas sobre qué lanzarse. Cuando ese Neron de los tiempos modernos segaba la flor de la nación polaca, exterminando en masa á los católicos, como en las matanzas de Varsovia, y principalmente á la juventud y al sacerdocio, ó poblando con los numerosos deportados los nevados desiertos de la Siberia, en medio del silencio del mundo que enmudecía ante el gigantesco poder del Czar, solamente Pio IX aboga por la Polonia, implorando el socorro del cielo para ese pueblo mártir de su independencia y de su fé, desamparado hoy por la Europa, de la que fuera baluarte en otro tiempo contra los agarenos. A falta de la intervencion de las potencias grandes y pequeñas, intervencion que la política anticristiana retira ó niega siempre á los pueblos católicos y prodiga á los disidentes, Pio IX invoca á Jesucristo contra el Czar y contra Mourawieff; manda que se hagan rogativas públicas por la afligida Polonia; y es llevada procesionalmente, acompañada de cien mil personas, la imágen del Salvador, desde la Escala Santa hasta la Basílica de Santa María la Mayor, como en las grandes calamidades, como en otro tiempo lo fuera contra Astolfo, contra Federico II, contra Mahomet II, contra Selim I, contra Napoleon el Grande. ¡Qué magnífica protesta, señores, de la justicia contra la iniquidad! ¡Qué rudo golpe del derecho contra la fuerza! ¡Llamar así y presentar frente á frente al cielo contra la tierra, al Redentor del mundo contra la tiranía.!

No solamente esto. Como el Czar, delatando él solo su conciencia, se enfureciera por estas demostraciones que le llevaban ante el Supremo Juez, y en su infernal ira multiplicara el degüello de los pueblos, entónces Pio IX, el anciano fatigado, inerme y al borde del sepulcro, se deja ver terriblemente sublime cual Moisés cuando arrojara al suelo las Tablas de la Ley, hace oír por el mundo la voz indignada de la inocencia oprimida y de la justicia ultrajada, forma un rápido proceso de la ferocidad inaudita del Czar, le arroja á la cara el rollo de sus inmensas iniquidades, lo llama

insensato, lo execra, cubre su gran poder material con un sudario de oprobio y de maldicion, y vibrando por fin con mano vengadora el dardo de los anatemas divinos sobre la cabeza orgullosa del potentado cismático, cuyo imperio se extiende hasta el polo, termina con sentidas palabras pidiendo mas y mas oraciones por la mártir Polonia! En aquel momento solemne en que el universo parecia estar en silencio profundo para que no se escuchara sino la voz del Pontífice, "sentíase, dice Alejo de Saint-Albin, sentíase pasar el soplo de la ira de Dios por la boca de su Vicario, y veíase aquel noble rostro coronado de blancos cabellos, radiante de luz. Cediendo Pio IX á la conmocion de su alma, habíase levantado de su trono; su voz vibraba como el trueno, y su brazo amenazador parecia armado de la Omnipotencia."—Así defendía el santo Pontífice los sacrosantos derechos de los pueblos! Así descargaba el arma de su palabra sobre la barbarie de la fuerza brutal! El síglo no pudo ménos que inclinar la cabeza y aplaudir, y las mismas Cámaras de Turin no tenían sino elogios para la firmeza del hombre á cuyo poder atentaban.

Con la misma energía humilló Pio IX ante la Europa admirada de tanto atrevimiento al emperador Guillermo y á Bismark, su omnipotente ministro, que victoriosos de los hombres creen ahora que pueden insultar impunemente á Dios, tiranizando á los católicos con el llamado *Kulturkampf* ó *lucha civilizadora*. El santo Pontífice les echa en cara sus demasías, los increpa, los amenaza, haciéndoles saber que *el triunfo que se convierte en persecucion contra la Iglesia es la mayor de los necesidades*, y que *de la montaña caerá una piedrecita y quebrará los piés del coloso*.—La rabia de esos tiranos se estrella impotente contra la majestad del Jefe del Catolicismo!

¡Todavía mas. Cuando el fragor de la guerra última rusa se escucha pavoroso en medio del silencio de la espantada Europa, y el gigante moscovita marcha victorioso sobre el camino de Stamboul, Pio IX se levanta aún sobre su lecho de muerte, avergüenza de nuevo á la faz del mundo al tirano vencedor, le anuncia las venganzas de la Justicia Infini-

ta y le descarga el golpe postrero arrojando ignominiosamente de su presencia abrumado de bochorno al embajador ruso Ourossoff, como en otro tiempo arrojara á Meyendorff.

Ah! señores, ¡qué grandeza de carácter!..... ¡Cuánta energía en medio de tanta dulzura!..... Y es que en Pio IX se dan el ósculo sublime de hermanas la clemencia y la justicia! Digno representante del Eterno sobre la tierra, el Pontífice de María y de la Infallibilidad copia tan perfectamente en su persona al Dios Anonadado del Calvario como al tremendo Jehová del Sinai!

4. Pio IX Macabeo en la reconstruccion de la Iglesia.

Así como el Macabeo de Israel, vencedor de los enemigos de su pueblo en cien y cien batallas, cada año reparaba con sus manos triunfantes las ruinas del Santuario, así tambien Pio IX todos los años reconstruía la Iglesia de Jesucristo, afianzándola y dilatándola sin cesar hasta las extremidades de la tierra. En este punto, señores, los hechos se agolpan. Citaré únicamente algunos.

Pio IX celebra con inusitada frecuencia prudentes concordatos con las potencias, para la estrecha armonía entre la Iglesia y el Estado y para la expedita administracion de los negocios espirituales. Pio IX restablece la gerarquía católica en Inglaterra y en Holanda y deja preparados los trabajos para la de Escocia, levantando así en el centro mismo de las bandas enemigas, de las masas protestantes, que con este solo hecho se desconciertan, ciudadelas del ejército cristiano perfectamente guarnecidas y amuralladas y con gefes entre quienes, preescindiendo de otros muchos, han figurado Wisseman y Manning. Pio IX pone remedio á los infortunios de los cristianos del Levante, entablado con tal motivo relaciones diplomáticas con la Sublime Puerta, que inclinada ante la grandeza moral del Pontífice, da con esto un paso hácia la verdad, volviéndose apologista de las virtudes del Cristianismo. Pio IX restablece el Patriarcado latino en Oriente, y da fin al cisma caldeo y á la ruptura de los armenios y babilonios y búlgaros, y recibe la abjuracion de un rey africano. Pio IX concentra gran parte de su ac-

tividad en equipar y disciplinar las milicias cristianas, cuyo cuartel general, por decirlo así, establece en Roma con la fundacion de la Sagrada Congregacion de Ordenes religiosas, y mandando por todos los ámbitos del mundo á esos heraldos y cruzados de la fé y del progreso, con ellos, ora reconquista y extiende por donde quiera el reino de Jesucristo, siendo numerosísimas las conversiones de infieles y disidentes en el Pontificado del gran Pio, cuya sola presencia y cuya dulce palabra atraen los corazones hácia el Catolicismo; ora forma las generaciones futuras con la enseñanza y educacion de la niñez y de la juventud; ó bien emprende el alivio caritativo de todas las dolencias y miserias de la humanidad. Pio IX crea en el norte-americano Monseñor MacCloskey (privada en otro tiempo nuestra Patria de esta gloria, por el fallecimiento del Illmo. Sr. Portugal) el primer purpurado del Nuevo-Mundo, que toma asiento en el egregio Senado de la Iglesia Romana, en el Sacro Colegio. Pio IX divide la Iglesia Metropolitana de nuestra República en tres Iglesias Metropolitanas, entre las cuales se cuenta la de Guadalupe, y erigénuevas Diócesis, teniéndose con estos nuevos centros de luz resultados magníficos y lisonjeros para el progreso y para la Religion. Pio IX. Pero es imposible, señores, presentar en pocas palabras los frutos del celo apostólico de Pio IX. Todo su largo Pontificado fué una reconstruccion y ampliacion constante de la Iglesia fundada por Jesucristo.

5. Cuando yo considero, católicos, tanta actividad religiosa en Pio IX, como la que apenas he indicado en todo cuanto llevo dicho, y esto haciendo punto omiso de los demas trabajos del mismo en el órden civil y político, de que hablaré adelante, yo no puedo explicármela, yo no la concibo, sino acudiendo al prodigio. Sí, una fuerza sobrenatural impulsaba, informaba, por decirlo así, todo el ser de ese hombre venerando. De ahí ese aliento sobrehumano para empresas todas gigantescas. De ahí esa laboriosidad incomprendible en un anciano cargado de días y de achaques. Y era que su espíritu estaba constantemente con la mirada vuelta al cielo, de donde esperaba siempre su auxilio!

Era que, semejante al Macabeo, pero en esfera inmensamente superior, el pensamiento primordial, la idea céntrica de su conducta, era la gloria de Dios, era la gloria de la Esposa Inmaculada de Jesucristo! Este era su ideal, su delirio, su cielo en este mundo. Por él vivía, por él moría á cada momento al peso del dolor que le causaban los descarríos humanos, y por él ofreció su purísima alma al Eterno, al exhalar su postrimer suspiro. De ahí en él esa energía divina, esa laboriosidad sobrenatural. Hé aquí todo el secreto de su grandeza. Y hé aquí también la causa de su gloria, no solamente de Pontífice, á la que hemos dado una mirada, sino también de la de Rey, sobre la que voy ligeramente á llamar vuestra atención.

III

1. Pio IX como Rey, luchando hasta el último aliento por su *reyedad*, fué también el Macabeo de la civilización. Procuraré explicar este pensamiento.

2. La *reyedad* de Pio IX, señores, no debe considerarse como cualquiera otra *reyedad*. No, la *reyedad* del Papa es una *reyedad sui generis*, establecida providencialmente por Dios con destinos grandiosos y salvadores para la humanidad. La *reyedad* del Papa es solidaria de la civilización, mientras lo fuere de la independencia pontificia. Ahora bien. El Vicario de Jesucristo, como maestro de la humanidad, debe manifestar la verdad toda entera y con toda franqueza á reyes y pueblos, á individuos y sociedades. Por lo mismo, la palabra de él, que no es sino el eco de la voz de Dios, debe ser libre y saberse que es libre; porque esa palabra es la estrella polar del mundo, y si el mundo no la encuentra, perece en horrible naufragio en las olas del error. Mas para que la palabra pontificia sea libre con la libertad correspondiente, es decir, con una libertad de manifestación que revele toda la soberana majestad del origen de esa palabra y la sublimidad de sus destinos, es necesario que el Papa sea Rey, siendo su *reyedad* la garantía de su enseñanza. ¿Cómo había de ser de otra manera? ¿La Esposa de Jesucristo ha-

bia de estar encadenada con la argolla al cuello á los pies de la tiranía? ¿El representante del Eterno en la tierra, el maestro infalible del Evangelio, había de pedir al despotismo pasaporte humillante para la verdad, para la palabra de Dios, para la luz que preside y dirige la marcha de la humanidad al cielo? ¡No, mil veces no! Por eso el Papa debe ser Rey. Por eso la Cristiandad ha consagrado un pedazo de tierra al Pontificado, pedazo de tierra que se llama por tal motivo los *Estados Pontificios*, los *Estados de la Iglesia*, el *Patrimonio de San Pedro*. Esa soberanía civil es el trono de la verdad en el mundo; es el solio de la idea de Cristo, á cuyos reverberos tienen derecho los pueblos; es la heredad de los cristianos, que garantiza la pronta y libre emisión del pensamiento de vida, que facilita la universal difusión de la luz de la inteligencia y que sustenta la verdadera libertad religiosa, la verdadera libertad de conciencia, la libertad de lo verdadero y lo bueno, base de las demás libertades y venero inagotable de la civilización. Tales es, señores, la naturaleza de la *reyedad* del Sumo Pontífice. Por eso Pio IX fué Rey como lo fueron sus predecesores. Por eso peleó por su *reyedad* hasta la muerte, como peleó por la Religión. Y por eso fué también, lo mismo que de la Iglesia, Macabeo de la civilización.—Detengámonos un momento ante el grandor del espectáculo.

3. Dos cosas haré notar de la *reyedad* de Pio IX: su belleza y sus luchas. La belleza justifica una vez más sus luchas; y ambas cosas glorifican al heroico Pontífice.

4. Belleza de la *reyedad* de Pio IX.

Ordenado el Principado temporal del Romano Pontífice á la soberanía espiritual, como el cuerpo al alma, era natural que en el gobierno civil se revelara la influencia del gobierno espiritual. Así ha sucedido siempre, y así se verificó en efecto en Pio IX. La *reyedad* de Pio IX reverbera la luz del Pontificado. Pio IX es el bello ideal de los reyes. Veámoslo.

—Apénas supo el mundo que el *Papam habemus* que re-